

mal que por todas partes trabaja al mundo, y la necesidad estrechísima, no solo religiosa sino tambien política y social, de su conservacion y defensa, y de la cooperacion activa y eficaz de parte del pueblo fiel, á fin de despertar de su letargo á ese mundo creyente, pero cobarde y pusilánime, que le abandona: si despues de todo esto, repito, no os habéis estremecido de terror á la vista de esa indiferencia, de ese aislamiento y retiro á que la revolucion ha debido sus principales triunfos, no encuentro, por cierto, hermanos míos, resorte ninguno capaz de conmoveros.

No, católicos: es preciso no dormirse en el borde del abismo; es preciso ser mas vigilantes y mas activos que nunca; es preciso, principalmente hoy, caminar con la sencillez de la paloma y la astucia de la serpiente, entre las inspiraciones del cielo y las tentaciones de la tierra, entre la gracia, que todavia pugna por salvarnos, y esta revolucion terrible que no perdona medio para perdersenos. Seamos fieles hasta la muerte, como nos aconseja el apóstol San Juan, y conquistaremos la corona de la vida. No os convirtáis á todo viento, ni os empeñéis en cualquier camino, como lo advierte el eclesiástico, porque sin duda pereceréis. Sois católicos, estáis en la Iglesia y conserváis las esperanzas eternas: no perdáis, pues, tan preciosos frutos por vuestra negligencia; sino trabajad infatigables, os dice el mismo apóstol, para recibir en el último de vuestros dias la suprema recompensa de las virtudes. Meditad las grandezas del Sacerdocio para venerarle: contemplad su poder y su beneficencia para poner vuestra confianza en su ministerio: buscadle siempre, amadle siempre, escuchadle siempre, veneradle siempre, acompañadle siempre, defendedle siempre; y ante su accion poderosa y vuestra cooperacion eficaz, caerá vencida completamente la Revolucion, recobrárá sus derechos universales la verdad, triunfará la Iglesia católica; y vosotros, asociados á ella en la tierra con su carácter militante; viviréis con ella en el cielo como ciudadanos de la Jerusalem gloriosa, como miembros de la Iglesia triunfante, soldados de la Cruz en la tierra y socios de Jesucristo en el cielo.

## SERMON

SOBRE LA

# VIDA CONTEMPLATIVA.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DE CARMELITAS DESCALZAS DE MORELIA

EN UNA PROFESION RELIGIOSA.

*Maria optimam partem elegit.*

María ha elegido la mejor parte.

San Lucas, esp. X. v. 42.

HALLANDOSE Nuestro Señor Jesucristo de paso á Jerusalem en la casa de Marta y de María, ésta, sentada á sus piés, escuchaba su divina palabra, mientras aquella, empeñosa y afanada en disponer lo necesario, y extrañando que su hermana no tomase parte ninguna en las faenas domésticas, lo manifestó así á Jesus, con el fin de que por su precepto le ayudase María. Pero el Señor le dió esta respuesta: "Marta, Marta, tu te afanas y acongojas distraida en muchas cosas; y á la verdad, que una sola es necesaria: María ha escogido la mejor parte." De este modo se explicaba Nuestro Divino Maestro, haciendo la comparacion entre la vida activa, que se representa en las tareas afanosas de Marta, y la vida contemplativa, tan bien caracterizada en el humilde recogimiento y atencion profunda de María. Sin duda alguna que el Salvador del mundo no reprobaba la inspeccion á varias cosas temporales; cuando por otra parte habia de referirse todo á lo único necesario, que es la



salvacion de las almas; pero á la vista de los obstáculos diferentes con que tropiezan á cada paso cuantos viven en el mundo, para componer y enderezar á esto solo el gran sistema de las acciones humanas, se convierte á aquellas almas que, ó por una prudente timidez, ó por una caridad ya muy acendrada, dan de mano á todas las cosas temporales, y declara solemnemente que ellas han elegido la mejor parte, porque libres ya de todas las inquietudes y trabajos del siglo, pueden entregarse sin estorbo á escuchar la palabra, penetrar el espíritu y hacer en todo la voluntad de Jesucristo. *Maria optimam partem elegit.*

Sin embargo, católicos, el mundo, que siempre se halla en contradiccion con las máximas del Evangelio, y que á medida que progresan los siglos, adquiere mayor osadía contra las virtudes sublimes de los justos, no ha estado siempre de acuerdo sobre la excelencia suprema que tienen á los ojos de Jesucristo los ocultos senderos de la vida contemplativa. Triste verdad, y mas palpable que nunca hoy, cuando abandonado nuestro siglo á las especulaciones materiales, á los objetos físicos, á los goces sensibles y á los intereses exclusivos de la carne y de la sangre, no puede comprender ni ménos confesar la excelencia de una institucion en que el hombre, dando al cuerpo cuanto es absolutamente necesario, se empeña, mediante la abnegacion, la mortificacion y el recogimiento profundo del alma, en la conquista gloriosa de la felicidad suprema, que no se puede alcanzar sino por el íntimo conocimiento de la verdad eterna y el ejercicio continuo de las virtudes cristianas.

Tiempos hubo ménos infaustos en que el mundo, limitándose á contradecirlo todo con su conducta, respetaba estos asilos, y admiraba sin esfuerzo á sus dignos habitantes; tiempos hubo en que desde esa reja humilde se arrojaban al siglo la púrpura y la diadema, para esconder en la soledad mística los nombres ilustres y los títulos pomposos, sin buscar ya mas triunfo que el de las pasiones, mas imperio que el de sí mismo, mas título que el de cristiano humilde y fervoroso, ni otra designacion que la de *hermano*, signo que explica maravillosamente nuestra dependencia de un comun origen, nuestros vínculos divinos y nuestros destinos inmortales. Pero en el nuestro ha hecho el mundo avances casi increíbles, pues no contento ya con la guerra de sus perniciosas máximas y de sus detestables ejemplos, ha condenado sucesivamente á la persecucion, al sarcasmo y al indiferentismo estos retiros venerables y pacíficos, á donde ha venido á recogerse y á reservarse únicamente para Dios lo mas escogido y puro de la Iglesia militante.

Mas qué, ¡la indiferencia de nuestro siglo, el orgullo insensato con que persigue á los justos, las desdeñosas miradas que deja caer sobre estos muros respetables, tienen poder alguno contra el ascendiente irresistible de la verdad y la fuerza incontrastable de los oráculos divinos! El torrente de la palabra santa dejará de correr por el encuentro de estos diques miserables que sucesivamente le oponen la vanidad de la ciencia, la ironía de la política, las especulaciones del interes y el materialismo de hoy? Al contrario, nunca es mas oportuno levantar nuestra voz, que cuando empieza á difundirse insensiblemente ese ruido sordo de impiedad que se está oyendo por todas partes; nunca mas necesario encarecer la abnegacion de nosotros mismos, que cuando la soberbia descarga sobre las virtudes sus golpes mas terribles; nunca mas conveniente mostrar cuán suave y ligera es la carga de Jesucristo, que cuando se arroja con despecho ó se lleva sin espíritu; y hoy, por lo mismo, es mas importante que nunca decir con Jesucristo, á la vista de este acto con que la santa Iglesia ocupa al presente vuestra religiosa atencion, que entre esa multitud de objetos donde se fijan las miradas de los hombres, una sola cosa es necesaria; que á ella están exclusivamente consagradas las almas recogidas y fervorosas que sepultan su vida en el silencio de los claustros; y por tanto, confesar que esta nueva vírgen, que acaba de inmolarse en el altar de Jesucristo, es por mil títulos venturosa por haber elegido la mejor parte: *optimam partem elegit.*

Propóngome pues, ménos ocupar la reflexion en busca de medios para endulzar el sacrificio de esta víctima sagrada, que hallar términos propios para exaltar el mas bello de todos los triunfos. Colocado frente á frente de esa filosofía bastarda que todo lo ha desnaturalizado, de esa prudencia carnal que ya olvidó hasta la existencia del espíritu, de este siglo á cuyos ojos han desaparecido ya los caracteres naturales y divinos de la virtud, intento generalizar mis ideas, llevarlas á todos los grandes objetos del entendimiento y del corazón, sacar de esa reja humilde el primer interes de la humanidad, y colocar la vida contemplativa entre las bendiciones del cielo y la admiracion de la tierra. Estudiando las relaciones mas universales de ese holocausto sublime, podremos profundizar el pensamiento con que me he introducido á este discurso sagrado, y descubrir á la doble luz de la inteligencia y de la fe, la razon de esa incontestable primacía que otorgó á la vida monástica la verdad eterna, al pronunciar su juicio entre los afanes laboriosos de Marta y los tranquilos y amorosos éxtasis de María.

Cada uno de los estados de la vida se halla colocado bajo la in-



fluencia de esas tres relaciones universales que abrazan á todos los seres inteligentes y libres, es decir: Dios, el mundo y el individuo. Ahora bien, ¿qué grado debe tener el estado recogido de estas almas privilegiadas á los ojos de Dios, á los ojos de la víctima y en concepto del mundo? He aquí lo que me propongo responderos en este discurso, abrazando la excelencia de la vida contemplativa en sus relaciones con Dios, con la vírgen que acaba de consagrarse, y con la humanidad entera, cuyos intereses afecta defender el mundo en sus necias declamaciones contra el estado religioso.

Mas ántes de empezar una obra tan conforme al espíritu de la Iglesia, á los intereses de vuestra eterna salud y á la edificación de mi auditorio, volvamos nuestras miradas suplicantes hácia la Madre de Dios. Abogada de todos los pecadores, lo es mui particularmente de las almas que aspiran á la ventura suprema de ser numeradas entre las castas esposas de Jesucristo. Sí, Madre mia: sois el Refugio de todos los pecadores; pero halláis complacencia singular sin duda alguna, cuando la Iglesia os aclama *Reina de las vírgenes*. Recibid, pues, bajo vuestra proteccion inmediata el sacrificio de esta vírgen, que acaba de renunciarlo todo por seguir á vuestro Hijo, y alcanzadme de vuestro Divino Esposo los dones excelso que comunican la fuerza, la uncion y la luz al ministro de la palabra evangélica.—*Ave María*.

## PRIMERA PARTE.

Si vuestra vocacion es verdadera, hermana mia; si el aborrecimiento del siglo os ha sustraído á él para siempre; si el empeño dulcísimo del amor á vuestro Esposo sin limitacion y sin reserva os ha hecho sumergir en esta soledad el mas florido periodo de vuestra existencia; si podéis decir hoy lo mismo que San Pablo, que ni la muerte, ni la vida, ni la tribulacion, ni el hambre y desnudez, ni los peligros y tormentos mayores serán capaces nunca de apartaros de Jesucristo; si os contempláis contenta junto á la perspectiva de mortificaciones frecuentes, y es dulce para vos consideraros como la oveja del sacrificio: ¿quién vacilará un momento en reputar vuestro estado como el mas excelente, el mas bello, el mas grato y dulce á los ojos del Señor? El es sin duda Padre comun, y en su amor inmenso y en su misericordia infinita, siempre reconocen su parte cuantos forman la prodigiosa multitud del género humano. Tambien es cierto que su vista penetrante descubre aun en el siglo muchas almas fieles que le adoran en espíritu y en verdad; pero no lo es ménos, que tiene su pueblo escogido, y que en este pueblo ama con singular predileccion á estas esposas de la soledad, que no limitándose á la abstinencia de los frutos que privan del Paraíso, renuncian indistintamente á cuanto podemos usar como un beneficio de la Providencia, para consagrarse todas á oír y guardar fielmente la palabra del Señor, á esas almas privilegiadas que inmolan heroicamente en el altar de la propia abnegacion el mundo y sus encantos, el tiempo y sus esperanzas risueñas, los cuidados de una tierna madre, las caricias de un padre, el techo doméstico, los lazos de la familia y los honestos placeres de una inocente sociedad. El acto de la profesion religiosa, hermana mia, es rigurosamente hablando, una regeneracion verdadera en el órden del espíritu, es el primer instante de una existencia nueva, la brillante avenida de un nuevo dia; y puede decirse á la letra, que os habéis renovado en la extension de la palabra, desde que habéis tomado, para nunca dejarla, esa modesta vestidura que el mundo desprecia, pero que Dios ha puesto sobre vos como la ropa nupcial que realza los encantos de la esposa. Vuestro estado es pues el de la propia abnegacion, el de la solemne abnegacion, el de la continua y perpetua abnegacion, es decir: un estado en que se ama á Dios exclusi-



vamente, en que se le ama públicamente, en que se le ama incesantemente, en que se le ama perfectamente: es aquel estado que pone á la criatura en la dichosa impotencia de olvidar un solo instante á su Criador, en que se ofrecen á Dios en uno solo todos los holocaustos, y en que van á cumplirse hasta los últimos consejos de la perfeccion evangélica.

Triste sin duda y en gran manera sensible, católicos, debe ser á los ojos de la carne y de la sangre, este cuadro de inmortal desprendimiento en que el alma cristiana, no queriendo servirse de sus sentidos sino para mortificarlos incesantemente, ni de sus potencias sino para humillarlas bajo el yugo de la fe, reduce su mundo á un pequeño espacio de tierra, y sus relaciones á la sociedad íntima de su propia conciencia, y sus goces á estrechar la Cruz de Jesucristo, y sus esperanzas á morir en sus brazos; pero cambiada, en seguida, de luz, y al esplendor indeficiente y puro de la fe, contemplad el cuadro sublime de una religiosa en presencia del Señor: ved si entre las ofrendas de que el hombre es capaz por sí mismo, puede hallarse una sola que reúna mayores caracteres de excelencia y grandeza para el Dios de la santidad. Por lo que á mí toca, hermanos míos, ya considere, lo que es en sí misma la abnegacion del hombre, ya registre las Escrituras Santas para buscar los títulos en que funda su grandeza, donde quiera reconozco la incontrastable verdad con que aseguro que la profesion religiosa es la mas grata y excelente suerte que puede caber al hombre á los ojos de Dios.

¿Qué es la abnegacion de sí mismo? Si la historia de la Iglesia no presentase á nuestra vista repetidos é ilustres ejemplos de este heroismo cristiano, de este universal desprendimiento de todas las cosas, echaria mano de aquellas expresiones indefinidas empleadas frecuentemente por los escritores sagrados para manifestar lo que apenas puede sentirse, para decir lo que va muy lejos de los alcances de nuestra razon. Os diria que la negacion de sí mismo es lo que el ojo no vió, lo que el oido no oyó, lo que la razon fué incapaz de comprender, lo que la imaginacion mas viva y fecunda no ha podido figurarse, lo que el corazon apenas puede sentir y la lengua no es dueña de explicar: os diria que es el *no sé qué* de lo que llamamos *divino* en los afectos religiosos, os diria que es un acto angelical, un heroismo de la santidad, en suma: el bello ideal del amor divino. Mas ya que Jesucristo Nuestro Señor se dignó fundar una Iglesia cuyo espíritu consiste en la abnegacion de nosotros mismos, y ya que esta Iglesia santa, siempre sostenida por el poder, ilustrada por la sabiduría y privilegiada por el amor eterno de la

Trinidad augusta, nos permite recorrer en su historia un catálogo inmenso de verdaderos héroes, es decir: de hombres que mediante la abnegacion de sí mismos han sabido elevarse desde las clases mas humildes y despreciables hasta los tronos del cielo: ya que esta historia tan fecunda ha venido á revelar á los hombres el gran precio de la abnegacion de nosotros mismos, permitidme recordaros, si bien con suma rapidez, lo que importa esta virtud en sí propia.

Cuando á una palabra del Altísimo el Universo brotó de la nada, y dijo Dios que las cosas que habia hecho eran buenas, sin duda que halló mas excelencia que en todas las criaturas juntas en aquella privilegiada donde estaba mirando su propia imagen; y cuando Dios, viendo la tierra toda invadida por el pecado, se manifestó arrepentido de haber hecho al hombre, hasta el extremo de destruir al mundo, bastante nos hizo conocer cómo el título de excelencia que podemos presentar á sus divinos ojos y en lo que mas podemos serle semejantes, consiste en la exencion de la culpa, en el amor que le tengamos. Este amor, hermanos míos, es el objeto final de la creacion humana y la vocacion de todos los hombres. Siendo pues una vocacion comun, se adapta sin duda, no solo á todos los tiempos, á todos los hombres y á todas las clases, sino tambien á todos los estados y condiciones de la vida; y á este amor divino pueden y deben referirse nuestras acciones todas, y por tanto, él puede considerarse como un inmenso círculo del cual no están excluidos ningun género de pensamientos, de discursos ó de hechos que puedan llamarse licitos. Aquellas mismas satisfacciones necesarias que se dirigen á conservar nuestra vida, los deliciosos vínculos que nos hacen amable la tierra, los afectos expansivos de la familia, los sentimientos nobles de la amistad, todo se santifica en el amor divino, refiriéndose á Dios con reconocimiento humilde, como al Supremo Dispensador de los bienes que se disfrutan en la tierra.

Pero qué, ¿todos los estados del hombre son igualmente favorables al amor divino? ¿este grande y primitivo objeto de nuestra creacion se consigue con la misma facilidad en unos estados que en los otros? El padre que se ve rodeado de una familia numerosa, la muger enlazada con su marido por un vínculo santo, si se conforman con las reglas del Evangelio, sin duda que aman al Señor, que le aman sobre todas las cosas, y que si fuesen conducidos á la prueba, lo sacrificarian todo, mediante la gracia, primero que abandonar al objeto santo de su amor; pero este género de abnegacion se halla, hermanos míos, en una escala muy ínfima respecto de aquel que precede á los votos monásticos y sirve de principio



á la vida religiosa. Aquellos están dispuestos á dejarlo todo ántes que ofender á Dios; pero las almas consagradas á él por los votos monásticos no se limitan á esto, sino que desde luego todo lo abandonan; y este generoso desprendimiento, que en las personas del siglo se considera, y con justicia, como el último punto de la perfeccion, no es en el claustro sino el primer paso de una larga y trabajosa carrera. ¿Quién de los que viven en el siglo puede decir á Jesucristo, como el Príncipe de los apóstoles: "Todo lo hemos dejado por vuestra suerte?"<sup>1</sup> ¡Ah! las personas mas arregladas se hallan siempre en una especie de lucha por la diversidad de objetos que alternativa ó sucesivamente ocupan el corazon. El esposo no se da tan exclusivamente á Dios, porque siempre está "solicito, dice San Pablo, de aquello que puede agradar á su consorte."<sup>2</sup> á esta le sucede lo mismo, y el amor divino va encontrando en cada parte obstáculos diferentes á su feliz consumacion.

Todos somos capaces de llegar á una perfeccion consumada, y todos estamos expuestos á caer en la horrible deformidad de los vicios; pero esta perfeccion, hermanos míos, lucha con tal número de dificultades, que á muy pocos es dado el gozo de haberla conseguido. El hombre, para someterse á la lei suprema del espíritu, lei sublime que le encumbra hasta los cielos, se siente impulsado incansablemente á subir con el vuelo de la águila, porque hai dentro de nosotros mismos no sé qué sentimiento generoso que nos advierte la grandeza de nuestros destinos; pero sujeto al mismo tiempo á las leyes del siglo, al tiránico poder de las pasiones, á los muchos y variados prestigios de la vanidad, al semblante risueño de la fortuna y á esas necesidades facticias que inventa, propaga y multiplica el espíritu del siglo; siempre amigo de la virtud y siempre asaltado por el vicio, vanamente pasa los mas dilatados periodos de una larga vida, pues cuando muy afortunado parece, suele hallarse apenas en la infancia de la vida espiritual.

No es esta vuestra suerte, esposa de Jesucristo; pues al tomar ese traje humilde, os anunciáis á los ojos de vuestro Dios como árbitra de una triple victoria. Sí: desde el instante mismo en que pronunciáis vuestros votos, os eleváis á una altura incomparable respecto de vuestros hermanos los que quedan en el siglo. De un golpe destruí el eterno afán de las riquezas, las continuas agitaciones de la comodidad, los caprichos de la moda, y las aspiraciones innumerables que llenan el corazon de los mundanos; pues con veros sometida á la pobreza del claustro, huyen para nunca volver,

(1) Math. cap. XIX, v. 27.—(2) I Cor. VII, 33.

como las tinieblas á la presencia de la luz, esa multitud inmensa de quimeras caprichosas y de vanos fantasmas que arrastran incansablemente á los miserables ricos de Babilonia. Al escoger á Jesucristo por único y exclusivo Dueño de vuestro corazon, triunfáis de vuestro cuerpo, ó para mejor decir, le eleváis á una condicion angelical, pudiendo deciros á vos misma lo que en otro tiempo San Pablo á los fieles de Corinto: "Caminando en carne, no militaremos sin embargo segun la carne."<sup>1</sup> Pero no es esto todo: habéis conquistado un triunfo todavia mas glorioso. Desdeñar las riquezas y cuanto el mundo contiene en el gran sistema de los objetos que arrastran la ambicion ó la vanidad, es un acto de nobleza que tiene pocos ejemplos entre los hombres; rehusar al cuerpo cuanto excede de las necesidades de su conservacion, para atender mejor á los grandes intereses del espíritu, es un poder tan sublime, que dista mucho del esfuerzo comun de la naturaleza humana; pero renunciar á la libertad, sacrificar para siempre en los brazos de la obediencia el noble atributo de elegir, que ni el mismo Criador ha querido reservarse, es un esfuerzo noble de poder que no cuenta un solo ejemplo en el inmenso panteon de fabulosas virtudes que nos ha dejado en su historia de cuarenta siglos la filosofia del paganismo; es un heroismo de sentimientos que no pudo entrar ni aun en las previsiones de los antiguos sabios; es un vuelo rápido hácia la perfeccion cristiana, que nunca puede admirarse bastantemente; es, si así puedo explicarme, el último toque de colorido que puede dar el hombre á su semejanza con Dios.

¿Cuál será pues, hermanos míos, la excelencia que tiene á los ojos del Señor un estado como este, en que no se trata de otra cosa que de su voluntad y de su gloria? El solo auxilio que nos prestan las luces de nuestra propia razon cuando consideramos en sí misma esta abnegacion absoluta y perfecta que forma el todo de la profesion religiosa, nos basta para convencernos de que nunca el alma fiel que se ofrece á los ojos del Altísimo es mas excelente y grande, que cuando ha elegido para servirle un género de vida en que todo es muerte para el mundo, para los sentidos, para la libertad misma, y todo es vida para el cielo, para el alma, para la lei eterna y la voluntad perfectísima del Señor. ¿Y cuánto no deberá crecer nuestra veneracion á un estado tan perfecto y santo, cuando juntamos á nuestras propias luces las luces de la fe, y afirmemos nuestras propias convicciones con el oráculo infalible de la eterna verdad? "¿Dónde está la sabiduria, preguntaba en otro tiempo uno de los Profetas? "No está en mí," responde el abismo:

(1) II Cor. cap. X, v. 3.



habla el mar, y dice: "No está conmigo." ¿Dónde está pues la sabiduría? *Sapientia ubi est?* ¡Vanos clamores, que se propagan como el trueno por toda la extensión del Universo, pero que no vuelven ya sino los tristes ecos de la duda! ¿Dónde está la sabiduría? ¡Ah! con una voz muy desconsoladora, que viene á herir el alma de Job, "huyó de la tierra, y solo queda una vaga y confusa memoria de que existió en otro tiempo," le responden por último la "perdición y la muerte." *Perditio et mors dixerunt auribus audivimus famam ejus.*<sup>1</sup> Ved aquí, católicos, la sabiduría desterrada del mundo: porque el abismo no es mas que el caos del pecado, ni el mar es otra cosa que el inmenso golfo de iniquidad que presenta el mundo, ni la perdición y la muerte deben reputarse aquí, sino como los signos de un mundo encenagado en los vicios. La verdadera sabiduría, es decir: la lei eterna conocida y practicada, el cristianismo en su pureza, el Evangelio en su rigurosa observancia, el espíritu de Jesucristo, la Iglesia en la soberanía de sus máximas, han venido á ser nombres para el siglo, el cual, á fuerza de interpretar á su capricho los preceptos de la lei, ha llegado á darles unos caracteres de suavidad y ligereza que no entran por cierto en la mente de aquel, que dijo, para estimularnos á seguirle: "mi yugo es suave y mi carga ligera."<sup>2</sup>

¿Dónde está pues la sabiduría? No la busquéis, católicos, en el abismo insondable del mundo, donde se cree á Dios y no se le teme, ni en el mar turbulento y agitado del corazón, que teme á Dios y no le obedece. Venid á buscarle mas bien á estos retiros ignorados, donde el santo temor de Dios es el principio reconocido de la verdadera sabiduría, donde las santas inspiraciones del cielo reposan en un pecho casto, como la tenue y finísima esencia en un vaso cerrado de cristal puro, donde se ignora la necesidad de resplandecer ante los hombres, y solo se conoce la santa oscuridad de la penitencia, donde está proscrito cualquier afecto que no vaya encaminado al dulce Esposo de los Cantares, donde se ha comprendido la significación de esta palabra, que no ha podido entender el mundo al cabo de diez y ocho siglos: "El que quiera salvar su alma la perderá, y el que la pierda la encontrará."<sup>3</sup> finalmente donde se detienen con una complacencia inexplicable las miradas del Señor, del Señor que entiende los caminos y conoce las moradas de la sabiduría, y nos advierte á todos de su paradero feliz. *Deus intelligit viam ejus, et ipse novit locum illius.*<sup>4</sup>

(1) Job. cap. XXVIII v. 22.—(2) Math. XI, 30.

(3) Math. cap. XVI, v. 25.—(4) Job. ut supra.

Porque, ¿qué se necesita para poseer la verdadera sabiduría? Meditar incesantemente en la lei del Señor: meditación sublime, que añade luz á luz y fuerza á fuerza; que elevó al Profeta-Rei sobre sus maestros, dándole una sabiduría superior á la de los ancianos, y que pudo comunicarle aquella prudencia consumada con que triunfó de sus enemigos: amar la palabra del Señor, hasta el extremo de jurar irrevocablemente una sumisión absoluta á los altos decretos de su justicia. ¿Quién posee la verdadera sabiduría? El que vende todos sus bienes, y compra con su producto la heredad feliz donde está escondido el tesoro. ¿Quién posee la verdadera sabiduría? La prudente virgen que guarda inextinguible la antorcha de la caridad. ¿Quién posee la verdadera sabiduría? Esas almas, católicos, que bien aleccionadas en las incomparables bellezas de los caminos de Dios, viven en la carne, pero no se gobiernan segun ella; conservan su vida, mas para mortificar su cuerpo todo el día por Jesucristo; usan de este mundo, pero como si no usaran de él, porque han sido crucificadas para el mundo, y el mundo ha sido crucificado para ellas: son aquellas almas felices á quienes el Apóstol decía: "muertas estáis, y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo;"<sup>1</sup> aquellas, en fin, que fastidiadas profundamente de los caprichos del corazón, asustadas á la vista de ese torrente caudaloso que envuelve en su corriente fatal á casi todas las generaciones, toman las alas de la paloma, buscan el puerto, y exclaman alegres desde el centro de su retiro, lo mismo que el Profeta-Rei: "yo he huido lejos del mundo, para conservar mi inocencia en el seno de la soledad." *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine.*<sup>2</sup>

Abrid el Evangelio, católicos, ese libro divino donde todo se muestra, donde el oráculo eterno ha resuelto definitivamente todas las cuestiones que miran á nuestro destino inmortal: preguntad al Hombre-Dios el lugar que ocupa en su predilección excelsa la vocación de estas almas que, adelantándose á las últimas horas de la existencia, han venido desde el alba á esperar la hora de Dios y la luz de la eternidad desde este retiro humilde donde los sentidos no tienen recreo, ni la vanidad ilusiones, ni el mundo pensamientos. ¡Gran Dios! aquí están, pues, aquellos á quienes habéis prometido con la vida eterna el ciento por uno; aquellos labradores infatigables, que para no tener motivo de volver atrás la vista despues de tomar la mansera, no vinieron al campo de su labor sin haber disuelto su familia y destruido su cabaña; los que no vieron

(1) Rom. VII, 17.—(2) Ps. LIV, 8.



en vuestra venida la falsa paz que el mundo solicita, sino el cuchillo severo que corta del árbol el ramaje superfluo que no le permite descollar hácia el cielo: vuestros pobres de espíritu, vuestras almas pacíficas, las que tienen hambre de vos, y considerando la vida como un obstáculo continuo para satisfacerla en toda su plenitud, contemplan la muerte como una resurreccion gloriosa.

Regocijáos, pues en buena hora, ó vírgen, escogida para el tálamo del celestial Esposo, pues que habéis hecho en sus aras el omnimodo sacrificio de vuestra familia, de vuestras relaciones, de vuestro universo, de vuestros sentidos y de vuestra libertad, pues que os ha escogido para que seais su pueblo, y vos le habéis elegido tambien para que sea Vuestro Dios, y pues que, habiéndolo renunciado todo por él, podéis en adelante ser contada entre los que se llaman por excelencia conciudadanos de los santos y domésticos del Señor! Seguid, seguid adelante: no temáis los tumultos continuos de Babilonia, la atmósfera emponzoñada y pestilente de Egipto, las oleadas tempestuosas del mar, el encuentro espantoso de los elementos: no conturben vuestro pecho las desolaciones repetidas del tiempo, ni alarme penosamente vuestro espíritu la imponente y misteriosa perspectiva de la eternidad. ¿Qué sendero mas fácil y mas apetecible pudiera abrirse al resto de vuestra peregrinacion, que el que os proporciona un estado el mas excelente á los ojos de vuestro Padre celestial? Si el mundo os compadece, tenedle lástima; si el mundo os murmura, lamentad su demencia; si el mundo os llora, decidle como Jesucristo á las hijas de Jerusalem: "no lloréis por mí; llorad mas bien por vos." Pero no lo he dicho todo, hermana mia: tal vez no disputan los mundanos la excelencia de esta vocacion á los ojos de Dios; mas, profundamente ignorantes de los encantos de la abnegacion, de las dulzuras del claustro, de los goces inefables de la vida contemplativa, no quieren confesar que hai nectar en la amargura de la penitencia, y atractivos innumerables en el peso de la Cruz. No creo que un solo temor de esta clase contriste al presente vuestro pecho; pero si entiendo, que debo proporcionaros á vos el gozo y á mi auditorio la edificacion de sentir cómo la suerte que os ha cabido, no solo es la mas excelente á los ojos de Dios, sino tambien la mas grata y feliz á los ojos de vos misma.

## SEGUNDA PARTE.

Cuando os hablo, hermana mia, de la superioridad que debe tener á vuestros propios ojos esta vocacion sublime que celebramos al presente, no imaginéis, por cierto, que voi á comparar con los goces espirituales que se os preparan, los placeres delincuentes del siglo: no, jamas estos deberán servir de dato al alma fiel para estimar el valor de su dicha. Ningun estado es compatible con ellos; y por lo mismo, no se trata de saber aquí, si es mejor seguir la vida monástica que abandonarse á los deleites y comprometerse en el laberinto de las pasiones, sino de ponderar hasta qué grado de perfeccion puede ella conducirnos, y hasta qué punto asegurarnos la posesion inamisible de una verdadera felicidad. ¡Desdichado de aquel que, al hacer su peregrinacion por la vida, no haya podido apercibirse de que pasaba por un valle de lágrimas y un campo de tribulacion! El se sorprenderá con un espectáculo terrible y verdaderamente desesperado al descender al sepulcro, y comprenderá muy á su pesar, que lejos de haber tenido ideas legítimas sobre la excelencia relativa de las situaciones diversas del hombre durante su vida, anduvo por los senderos mas intrincados, sin haber atinado nunca con el camino de la verdad.<sup>1</sup>

Otros son, pues, católicos, los principios que deben gobernarlos en tan importante investigacion, reducida á saber, no en cual de los estados pueden aglomerarse cuantiosas riquezas, mayor número de goces sensibles, ó un predominio mas alto sobre los otros; no en dónde quedarán mejor satisfechos los caprichos del amor propio y las pretensiones diversas de la vanidad humana; sino en donde se acelera mas nuestra perfeccion individual, y dónde pueden consolidarse mejor nuestras esperanzas eternas. No se trata del tiempo que huye, ni del mundo que engaña, ni de aquellos placeres que solo dejan las crueles amarguras del remordimiento, ni de los tesoros que perturban el sueño del avaro, ni de los altos puestos que atormentan sin cesar el corazon del ambicioso, ni aun de las conexiones inocentes y dulces, que de suyo son perecederas y solo contribuyen á regar con lágrimas el sendero penoso de la vida: trátase de nuestra perfeccion moral, único título de excelencia, y

(1) Ssp. V, 7.



condicion inseparable de la verdadera y sólida ventura. Ahora bien: si tales son los principios que han de gobernarnos al presente, preciso es convenir en que un estado que por su naturaleza favorece mas que los otros el ejercicio de las virtudes, y aumenta sin cesar los verdaderos goces del espíritu, debe ser el mas excelente á nuestros propios ojos, como el mas conforme á nuestros intereses eternos, y el que mas acelera nuestra perfeccion, y fomenta y consolida nuestras esperanzas. Tales son, hermana mia, los caracteres de la vocacion con que Jesucristo ha querido favoreceros; y por esto he dicho, que entre los estados de la vida ninguno reúne derechos mas incontestables á vuestra preferencia, y que por tanto la profesion religiosa es al mismo tiempo la mas excelente á vuestros propios ojos.

Y á la verdad, ¿cuánto no tenéis avanzado, hermana mia, en la carrera de las virtudes con solo haber dado el primer paso, el de la universal y perfecta abnegacion, consiguiente á los votos que acabáis de pronunciar? ¿Renunciarse á sí mismo, dejar no solo cuanto se posee, sino cuanto es capaz de adquirirse, de gozarse y de apetecerse, quedar irrevocablemente indentificados con Jesucristo en los intereses de su gloria, someterle cuanto somos, cuanto podemos, refundir en la suya, digámoslo así, nuestra voluntad propia, ¿es por ventura un progreso despreciable en la carrera de la virtud? Recordad, hermana mia, lo que respondió á Pedro el Salvador del mundo, cuando le hablaba de este sublime desprendimiento; tened presentes aquellos doce troncos que fueron destinados desde entónces para recompensar esta clase de virtudes; y calculad en consecuencia las que debéis practicar en el resto de vuestra vida, cuando este primer acto de correspondencia del alma á la vocacion de Dios es justamente reputado como un paso gigantesco. ¿Y qué habéis perdido con sacrificarlo todo? Alegráos en el Señor, pues vuestro desprendimiento ha venido á ser para vos una conquista segura de todas las cosas. ¿Qué no posee quien de todo se ha desprendido? Lo posee todo, pues que nada desea. Preguntad á los opulentos del siglo si lo poseen todo cuando insultan á la virtud con sus riquezas. Ellos os responderán con el inmenso catálogo de sus empresas frustradas, de sus proyectos inútiles, de sus esperanzas engañadas, de sus temores continuos, y de mil y mil necesidades no satisfechas. ¿Qué habéis perdido pues, repito, con desprenderos universalmente de todo? ¿Qué? oídlo: deseos que martirizan, remordimientos que consumen, temores que no cesan, goces que no duran, satisfacciones que no contentan, aspiraciones que no calman, miseria que siempre vive. ¿Qué habéis perdido?

las ilusiones quiméricas que nos arrebatan es aspecto de la verdad. ¿Qué habéis perdido! el arte deplorabilísimo de aumentar vuestras cadenas. ¿Qué habéis perdido? ¡Ah hermana mia! acaso el funesto poder de haceros eternamente desdichada. ¡Oh pérdida mil veces envidiable! ¡oh despojo feliz, que solo nos quita cuanto nos corrompe y embrutece! ¡aniquilamiento mil veces santo, pues que destruye de un golpe cuanto podia retardar el vuelo de vuestras almas al Dios de la santidad! No Dios mio: no hemos perdido nada; lo hemos hallado todo mas bien, puesto que os hallamos á vos. ¿Qué podrá faltarle al que tiene la dicha de poseéros? Si os habéis dado á nosotros, ¿qué podemos ya desear? y si nuestros deseos han muerto casi todos, ¿qué tesoros podrán igualarse á los muchos que ya poseemos? ¡Ah! léjos de aquí las miserables quejas del rico, los clamores del ambicioso á la vista de otra altura mayor á que no llega todavía! ¡Felices nosotros, pues que nada deseamos! ¡Felices nosotros que poseemos todas las cosas sin ser dueños de ninguna! *Nihil habentes, et omnia possidentes.*<sup>1</sup>

Yo bien sé, católicos, que el arte de ser feliz no está reducido á los claustros; que pobres de espíritu y almas completamente engañadas hai en el mundo: sé mui bien que el alma religiosa no con desprenderse de todo, ha puesto el sello á su felicidad; que no por haberse reducido el campo de batalla, se ha conseguido la última victoria; que no por habernos alejado de todas las cosas, nos hemos alejado de nosotros mismos; que no pueden faltar recelos donde existe el corazon: sé mui bien que han pagado el triste contingente al abismo las gerarquias del cielo y las potestades de la tierra, el apostolado de Jesucristo, y hasta estos asilos de la virtud; que el esplendor glorioso de los Pedros, de los Antonios, de las Catalinas y de las Teresas, no basta á borrar de nuestra memoria los nombres espantosos de Júdas y Lutero, ni á apartar de nuestros temores á aquellas vírgenes imprudentes que, tardamente provistas de su lámpara, no lograron ser admitidas al convite del Esposo. Pero ¿qué se infiere de aquí? Nada contrario á la excelencia del estado religioso, y ántes bien, reflexiones urgentísimas que la confirman. Si nuestra vida es una continua lucha; si la primera máxima de un cristiano es la de hallarse constantemente preparado para la tentacion; si el camino de la existencia es una carrera de combates, en cuyo término reserva Dios la corona para el alma fiel que con mas heroísmo haya peleado, como dice el Apóstol,<sup>2</sup> ¿cuál debe ser á nuestra vista el estado mejor sino aquel en que

(1) II Cor. esp. VI, v. 10.—(2) II Tim. II, 5.



la virtud halla ménos estorbos, en que las tentaciones son ménos frecuentes y terribles, y las gracias que vienen de lo alto son mas fecundas y mas eficaces?

Y á la verdad, hermana mia, ¡cuántas tentaciones y cuán terribles ataques habéis alejado para siempre de vos con la resolucion generosa que os ha colocado en este asilo venerable! Recordad, bien, cómo nunca las tentaciones son mas frecuentes, que cuando nos hallamos en circunstancias, en lugares y tiempos, en que nuestros sentidos hallan mas objetos de distraccion, nuestros deseos mas estímulos y probabilidades, nuestro amor propio mayor número de alagos y seducciones, en que nuestra imaginacion multiplica las perspectivas engañosas que nos arrebatan el aspecto noble y severo de la virtud, y en que, no teniendo prevenciones ningunas contra los ataques del enemigo, ni atrincheramiento contra sus avanzadas insidiosas, nos hallamos como en medio de una llanura inmensa, donde pueden arrebatarnos en su curso los diferentes vientos que la dominan. ¡Tal es la condicion de todos vuestros hermanos á quienes dejáis en el siglo! Los ojos no dejan de ver, ni los oidos de escuchar, ni el gusto de satisfacerse: todo convida á la molice, todo á la relajacion, todo á la codicia, todo á la murmuracion, á los odios envenenados, ó á los afectos delincuentes. El alma da un paso recto, y por este solo paso ¡cuántos extravíos miserables! Resiste noblemente á un ataque, y por este solo triunfo ¡cuántas vergonzosas y humillantes caidas! Se levanta para caer de nuevo; y cual si estuviera situada hácia las avenidas de una corriente indómita, teme á cada paso ser arrebatada por ella, casi llega á desesparar de ser virtuoso. Disgústase del siglo; mas no puede apartarse del siglo: detesta para siempre los placeres criminales; pero inútilmente, pues muy pronto cede otra vez al irresistible deseo de gustar su dulce y amarga copa. Entre tanto, el tiempo pasa, el hábito se afirma, la naturaleza se transforma, el corazon cede, el vicio triunfa, y la víctima infeliz exclama tal vez, como en otro tiempo el Agustino: "¡O torrente de la humana costumbre! ¡quién será capaz de resistirte! ¡hasta cuándo seguirás impeliendo á todos los hijos de Eva con tu fuerza terrible hácia el insondable y horroroso océano?"

¿Lo habéis oido, hermana mia? Contemplad, pues, ahora, de dónde acabáis de salir, y á dónde habéis entrado, y decidme si vuestro pecho palpitará tantas veces de temor, como palpitaba en el siglo, donde cada paso es un escollo, cada objeto una tentacion, y el aire mismo que se respira es como el aliento de la muerte. No: esta tierra, cuya posesion se os acaba de dar, no es como Egip-

to de donde habéis salido: *terra quam ingrediéris possidendam, non est sicut terra Egipti, de qua existi.*<sup>1</sup> Esta tierra feliz está cercada por todas partes de montañas y bosques: *montuosa et campestris*: es la heredad querida, que atrae de continuo sobre sí las benignas miradas del Señor: *quam Dominus Deus tuus semper invisit, et oculi illius in illa sunt á principio anni usque ad finem ejus.*<sup>2</sup> ¡Qué diferencia, hermana mia, de situacion á situacion! Allí os hallabais en campo raso y habitado simultaneamente de voraces fieras, que tenian del todo libre hácia vos el acceso de su ferocidad: aquí estáis circundada por todas partes de tranquilos bosques y montañas inaccesibles. ¿Y cuáles son estas montañas que cercan vuestra presente habitacion? Es la pobreza, que solamente prometida, retira de vos, y acaso para siempre, tantas y tan diversas tentaciones cuantas en sí misma contiene y encierra la gran tentacion de las riquezas; es la castidad santa, que consagra el alma y el cuerpo de las vírgenes en la admiracion de los ángeles y en el respeto de los hombres, y que del cielo acaba de recibir en cambio de vuestros votos un poder que antes no tenia contra el tenaz y astuto enemigo que donde quiera la persigue: es por último, amada hermana mia, ese voto por tantos títulos feliz y grande de la obediencia, que dando el último golpe al orgullo y al amor especioso de nosotros mismos, ha hecho desaparecer con esto solo esa funesta serie de tentaciones diversas y exquisitas que constituyen su vergonzosa fecundidad. *Terra montuosa et campestris.* 1081 oup 211v

No os ocultaré los peligros que se esconden en el elansio: los del primer fervor que se entibia, los de ese falso concepto de que no es necesario adelantar mas y mas, los escollos de los propios triunfos espirituales, los mismos que suele haber en la abundancia de las gracias cuando el alma se familiariza con ellas hasta el extremo de no comprender su precio; las ilusiones de la piedad, las redes casi insensibles y muy seductoras del amor propio, los sentimientos vagos que es preciso contener y las memorias importunas que es necesario disipar.<sup>3</sup> Nada de esto os ocultaré: porque ha de haber peligros y tentaciones en todo tiempo que no sea la eternidad, y en todo lugar que no sea la patria. Pero también debéis tener entendido, para bendecir al Señor todos los días de vuestra vida, que la mayor parte de vuestros enemigos han quedado profundamente derrotados desde que pronunciasteis vuestros votos, y que los que subsisten aun, para proporcionaros el mérito á que de-

(1) Deut. cap. XI. v. 10.—(2) Ibid. ix. 11 et 12.—(3) Véase el sermón de *Boutagne* sobre profesion religiosa, de donde se han tomado algunos pensamientos en extracto.



be aspirar una alma religiosa, nada son comparativamente con las gracias que se os preparan. No quiero hablar ya de la de vuestra vocacion, con que el Señor os ha dado una prueba singularísima de su amor, de esa abnegacion absoluta que está exigiendo de nosotros, no el que os consolemos por lo que habéis perdido, sino el que os felicitemos por lo que habéis ganado: hablo de las gracias que han de acompañaros en el resto de vuestra vida, de una carrera de mortificacion y penitencia, de un recinto en que no se habla sino de virtudes, y en que no se escuchan sino las alabanzas divinas, de una profesion alta y sublime consagrada exclusivamente al servicio de Dios, de una regla sábia y santa, que mantiene siempre viva la vigilancia, siempre muertos los sentidos, encadenadas las pasiones, profundamente amortiguados los deseos: hablo de una vida, para valerme de la expresion de un Obispo piadoso, en que todas las ocupaciones son virtudes, ó medios eficacísimos de alcanzarlas; todos los pasos se dirigen al cielo; en que lo mas indiferente tiene su mérito propio, y en que profundamente aniquilados los enemigos exteriores, todo ha quedado reducido á libraros de vuestro propio corazon: hablo de los ejemplos que os circundan, de esta sociedad feliz que tantos encantos derrama sobre la virtud; de este candor de la inocencia, que no podemos distinguir ya entre la profunda neblia que envuelve á los mundanos: hablo de este amor casto que os debe estrechar con vuestras hermanas, de esta caridad siempre viva que recíprocamente hallaréis en vuestro corazon las unas y las otras, de esas oraciones que suben juntas al cielo, de esas lágrimas que corren juntas, y de esos gemidos profundos que van á perderse juntos en el seno de vuestro Padre celestial. ¡Dios mio! ¡cuánto os complacéis en esta concordia feliz y fraternal, en estas santas congregaciones de virtudes donde se repite vuestro nombre todos los dias, donde mejor se sienten los beneficios de vuestra Providencia y donde labios mas puros os entonan constantemente el himno de la misericordia! ¡Con cuánta razon habéis prometido á estas almas fieles el ciento por uno de lo que han dejado por seguir!

Si, hermana mia, el ciento por uno: retribucion magnífica, que debiendo llegar á su feliz consumacion en el cielo, tiene así mismo su glorioso principio y su fecundo incremento en la tierra! ciento por uno, que comenzó en el acto sublime de vuestra profesion, que sentiréis, como acabo de probaros, en las virtudes que practiquéis, en las gracias que han de favoreceros, y tambien en los goces que se os preparan: último carácter de excelencia que debe ofrecer á vuestra vista el estado que habéis elegido.

Hai un don sobrenatural que el mundo no conoce, manantial perenne de consuelos, que no disfruta ninguno de cuantos viven según las máximas del siglo, tesoro de infinito precio, fuente y principio de grandes bienes, resultado preciso de la gracia de Dios fielmente correspondida por la conducta de una alma fervorosa; un don que para los habitadores de Babilonia es un mero nombre, y para las almas tímidas que se han recogido en el Señor, es una cosa real y positiva. ¿Qué don es este, hermanos míos! El regocijo santo de la virtud, el gozo espiritual: gozo inexplicable, que difunde por todo el hombre un bienestar delicioso, una calma suave y apacible, una paz siempre inalterable y una indiferencia tal hácia todo lo que no es vivir en Jesucristo, que se reciben indistintamente los sucesos mas faustos y las adversidades mas crueles de la vida. El alma que siente estas afecciones dulcísimas, que pondera la incomparable excelencia de tan feliz estado, que trae al cotejo este género de goces con los deleites que mantienen en cierta especie de embriaguez á los mundanos, no acierta á comprender cómo delicias de una gerarquía tan alta no han conquistado el corazon de todos los hombres, cómo hai entre ellos quienes, llevando el nombre de prudentes y sabios, no han acertado á conocer el misterio de las dulzuras divinas: misterio que tan fácilmente descubren aun aquellas almas abyectas cuya santa simplicidad y candor sirven de pábulo continuo á la maligna lengua de los mundanos. Sin embargo, no se inquietan por esto, no pasan adelante en sus investigaciones; y ántes bien, comprendiendo cuanto es posible toda la extension de su felicidad, se abandonan á los transportes del júbilo mas vivo, para decir al Señor con toda la fuerza de su fe y el tierno lenguaje de la gratitud: "Yo os alabo, Dios mio, Señor del cielo y de la tierra, yo os alabo y bendigo, porque habéis ocultado estas cosas á los sabios y prudentes del mundo, y os habéis dignado revelarlas á los sencillos y pequeños." Mas cuál será el principio, hermana mia, de este gozo espiritual que así embelesa á las castas esposas del Señor? En la nueva carrera que se os abre, vais á seguir precisamente un orden fijo de ideas y pensamientos que, comenzando por las asperezas de la mortificacion, debe concluir en los transportes inefables del amor divino. Sometiéndoos dócil y humildemente á las prácticas tutelares de vuestra regla, vuestra alma, tal vez pobre al presente, va á sorprenderse despues cada dia con descubrimientos é ilustraciones de un género sublime. Las meditaciones continuas van á haceros conocer lo que ántes no co-

(1) Math. cap. XI, v. 25 y sig.



noçais, y comprender lo que no comprendiais ántes. Vuestra fe irá tomando sucesivamente un pleno dominio en vuestro corazón; y que sé yo, si el Esposo os tendrá reservada para favoreceros de tiempo en tiempo con aquellas resplandecientes y divinas luces que suspenden la memoria, desdennan el discurso y fijan invariablemente la intuición estática de la alma contemplativa. Pero sin promoveros un favor en cuya distribución se nos ocultan sin duda grandes misterios, yo puedo mencionarle cuando, dejando á las personas que al presente me escuchan, abro la historia de estos retiros, y repaso la vida de sus ilustres fundadores. Sí, hermana mía: Dios recompensará vuestra fidelidad aun en la tierra con el sentimiento de vuestras propias virtudes, con el conocimiento de sus profundas verdades, y con esas avenidas de luz que fijan amorosa y fuertemente la atención del alma contemplativa. He aquí hermana mía, un triple manantial de consuelos que derrama en torno de estas mansiones queridas esos atractivos y encantos que os harán amar de continuo con una ternura inefable vuestra inocente soledad.

Yo bien sé que la verdadera humildad debe hacer os incrédula respecto de vuestros progresos en el camino del espíritu, que desechéis como tentación importuna cualquier idea que tienda á persuadir os virtudes que admiraréis en vuestras hermanas sin reconocerlas en vos, que mientras mas sólidos sean vuestros adelantos, con mayor intensidad obrará en vuestro espíritu el amargo sentimiento de vuestra indignidad y vuestra miseria; pero sé tambien que mil deliciosas emociones, provenientes de vuestra misma virtud, os afectarán sin revelar os su origen, que mientras mas lejos estéis de creer os virtuosa, mas disfrutaréis de los suaves transportes de la virtud, que la humildad verdadera no es turbulenta y borrascosa, y que siempre abrazada con la esperanza divina, cerca por todas partes al espíritu, digámoslo así, para que no vengan á invadirle los tormentos crueles de una perpetua desolación. ¿Y quién podrá encarecer bastante mente la fruición dulcísima que siente el espíritu á la presencia de esas grandes verdades que el mundo repite á cada paso sin conocerlas, y que el alma religiosa conoce y comprende sin otro afán, sin mas artificio, que una atención dócil y una razón humilde? "A vosotros se os ha concedido, decía Nuestro Señor Jesucristo á sus discípulos, el entender el misterio del reino de Dios... mientras á los demas en parábolas; de modo que viendo no echen de ver, y oyendo no entiendan."

(1) Mat. cap. XIII, vs. 12 et 13.

no puedo yo, hermanas mías, hacer os esta santa felicitación á vosotras, que por la naturaleza de vuestro estado sois llamadas á conocer de un modo mas perfecto el gran misterio del reino de Dios? ¿No puedo apoyarme yo en los oráculos augustos é infalibles del Evangelio, para hacer esta promesa misma á la tierna vírgen que acaba de ofrecerse á Jesucristo? Abred para consuelo vuestro vosotras todas, vírgenes del Señor, abred ese libro siempre fecundo donde repasamos con cierta especie de veneración y encanto las memorias siempre ilustres de la virtud ignorada y oscura. ¿Cuándo acabaría yo, si me propusiese enumerar uno por uno á esos héroes de la virtud que sin talentos claros, sin despejadas potencias, sin estudios algunos, y aun sin educación comun, han llegado á ser el pasmo de los claustros, la humillación de los doctores y los luminares eternos de la ciencia divina? Reconócelo á tu pesar, mundo sabio y orgulloso, que crees haber circunscrito el poder de la inteligencia cuando analizas el fango, fijas las leyes del Universo, compones á tu placer la política de las naciones, aumentas el catálogo de los desubrimentos y la pompa de las artes: nada sabes, nada comprendes, nada descubres, que pueda merecer el nombre de útil, sólido ni grande, cuando ignoras lo único necesario, el misterio sublime del reino de Dios. Niño balbuciente, repites apenas lo que oyes, y por una especie de mecanismo, si no es que, metiendo tu entendimiento á donde no penetra tu corazón, declames con enfática pompa lo que no quieres hacer servir á tu conducta, y semejante á la campana situada en las torres de nuestros templos, lleves el estruendo á todas partes sin apercibirte de cosa alguna.

Católicos, el curso natural de mis ideas y mis sentimientos me ha colocado ya en frente del mas poderoso adversario que tiene en la Iglesia militante esta escuela divina de virtud y de santidad. Paso, pues, á considerar la vida monástica en sus relaciones mas directas y universales con el mundo.